

San José, Costa Rica

— 30 Diciembre de 1911 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Año I

Núm. 24

SOCIOLOGÍA

La Justicia en el Evangelio

Entiéndese por justicia la virtud que nos impulsa á dar á cada uno lo que le es debido.

Así lo han entendido todos los pueblos presentes y pasados; así la definen todos los diccionarios modernos.

La definición es exacta; negar á alguno lo que le es debido resulta una injusticia clara y manifiesta.

Pero esta verdad ha sido cubierta por la malicia de un sofisma, y la ignorancia cometió una injusticia invocando precisamente las palabras del Evangelio.

Dar á cada uno lo que le es debido es una fórmula absoluta que no admite condición alguna que la limite.

El Evangelio dice que un hombre que sentía las flaquezas de la carne, juntamente con las grandezas infinitas de la divinidad, preguntado en una ocasión si era justo pagar tributo al César, reparando en las inscripciones de una moneda, respondió: Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.

Los comentaristas teólogos, tanto católicos como protestantes, están conformes en afirmar que Jesús quiso con esto decir que á cada uno debe dársele lo que es debido; es decir, con aquellas palabras quiso expresar la fórmula absoluta de justicia.

¿Qué es el César? un hombre de naturaleza igual á todos los hombres, constituido por la desigualdad y el

privilegio en dueño y señor de sus semejantes.

¿Que es Dios? un sér imaginario, puesto que los mismos creyentes dicen que es sobrenatural é incomprensible, que se halla fuera de todo contacto y relación con los hombres.

La moneda, como signo de cambio con el cual puede adquirirse todo, representa la riqueza universal, y como lleva el busto y el nombre del César, según la máxima evangélica al César corresponde.

La parte moral del hombre, lo que en nosotros produce el pensamiento, la imaginación, la voluntad y el sentimiento, considerado por los creyentes como un sér inmaterial dentro de nuestros sér material, á pesar de que la ciencia rechaza semejante dualismo, pertenece á Dios, si hemos de creer al Evangelio.

Luego cuanto el hombre ha descubierto por el estudio, ha modificado por el trabajo y ha reservado por la previsión, ha de entregarlo á un hombre igual á los demás hombres; y lo que constituye la esencia del sér, la parte más noble de la existencia, ha de anularlo para entregarlo á un sér imaginario cuya existencia no se manifiesta ni se hace perceptible á ninguno de nuestros medios de conocimiento, puesto que no se le ve, ni se le oye, ni se le huele, ni se le toca, ni se le gusta, ni siquiera se le concibe por la inducción racional.

Y si á Dios y al César hemos de dar cuanto poseemos y cuanto somos, ¿qué queda para nosotros?

Si á cada uno se le ha de dar lo que le es debido ¿quién nos dará lo que se nos debe?

Así hemos de dar siempre sin la esperanza de que nos toque la recíproca.

Y no dan todos, ó á lo menos hay muchos que dan lo de los otros, reservándose una parte considerable. El privilegiado paga al César, pero es con parte de la riqueza acumulada con la explotación, y con lo que se reserva todavía existen fortunas dignas de compararse con las de los reyes más poderosos. El sacerdote, como vive exento de todas las cargas sociales, nada da al César, ni tampoco á Dios, que carece de manos para tomarlo, contentándose con predicar una moral cuya existencia se expresa por la conocida fórmula: haz lo que te digo y no lo que hago.

De modo que resulta evidente que con la máxima «dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios», lejos de establecer una fórmula universal de justicia, sólo se ha cimentado la iniquidad.

«Es necesario un Dios para la canalla» ha dicho un filósofo; no sé si como un consejo á los tiranos y á los explotadores ó como una excitación á la dignidad de los oprimidos y de los explotados.

«El pueblo reza y paga», ha dicho un pensador para expresar gráficamente nuestra abyección moral y material.

A eso ha venido á parar la justicia según el Evangelio.

No; á pesar del Evangelio, nada debemos al César. Nuestra, es decir, de todos es la tierra; nuestras son las fuerzas todas de la naturaleza en tanto que las conocemos y las supeditamos por la ciencia; nuestras son las riquezas con tales elementos producida.

No; á pesar del Evangelio, no podemos abdicar en lo más mínimo de lo que constituye nuestro sér, y si un fanático que á sí propio se llamó Dios pudo decir «el que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz cada día y sígame,» quédese solo en su temeraria pretensión, que nosotros nada debemos á Dios.

No existe, pues, la justicia en el Evangelio.

Nosotros como seres humanos que aspiramos al desarrollo de nuestras facultades, y como trabajadores que no queremos compartir el fruto de nuestro trabajo con holgazanes y embaucadores, detestamos el Evangelio.

A la infúca fórmula evangélica podemos oponer otra no revelada por ningún poder sobrenatural, aunque absolutamente racional y justa:

No hay deberes sin derechos: no hay derechos sin deberes.»

ANSELMO LORENZO

Enemigos de sí mismos

Muy melancólico es para nuestro ánimo decir que el prisma de la masa que forman los escarnecidos y descontentos contiene irisaciones al revés; no irisaciones de candencia, de relámpago, de pira avivada por vestales sedientas de fuego inmenso, sino opacas, sombrías y tenebrosas de noche abrumadora y fatal. Pero ¿qué nos importa una tristeza más, una nueva condolencia, si al escribir estas cosas nos aligeramos de un peso abrumador que nos hace jaderar y sentimos el beso

de una ráfaga bienhechora con hábitos que infunden consuelo profundo? ¿Qué importa que nuestro lenguaje contenga un algo de intemperancia y osadía, si al fin y al cabo, la franqueza, por ruda, austera, irónica y punzante que sea y por exóticos, desaliñados y grotescos que sean sus modales, siempre será franqueza y como tal superior á la más retocada, encubierta y pulida hipocresía?

No podemos detenernos; nos parece lo más odioso dejar de decir lo que

sentimos, cause ello enojo ó produzca, en buena hora, la alegría.

La verdad lo mismo aterra que sugestión; un cerebro que la comprenda en absoluto, puede sentir ante ella mayor placer que dolor; los efectos que la verdad produce en nosotros, no emanan por completo de su virtualidad y se derivan más principalmente de la situación particular é interna de los individuos.

Haciendo un estudio general, se puede obtener la consecuencia de que el proletariado no está todavía en condiciones de poder vivir la vida grande de una intensa, completa y total emancipación, porque sus deficiencias educativas, de responsabilidad esencialmente personal, son crónicas, notorias y prolongadas, y actúan en la coordinación de sus ideas y se manifiestan también en la ejecución de sus hechos más trascendentales y en las acciones más triviales, insignificantes y livianas; porque tiene más de inconsecuente autómatas y viciado, que de convencido, culto, investigador y positivista; porque tiene más de semi-divino que de humano, y por consiguiente los caracteres del error religioso y el temor de ultratumba, abundan en mayor cantidad en su intelecto, que los rasgos de verdadera conciencia y amplio conocimiento de su origen, de su función, de su valor y de su sér.

Se podrá argüir que las causas y concausas que se enseñorean del medio ambiente constituyen una barrera infranqueable que paraliza, forzosamente, todo trabajo de instrucción y eriza de grandes dificultades la obra vindicadora de elevación y cuyo desenvolvimiento compete por aislado á cada sér, y en conjunto á todos, sin exclusividad alguna que pudiese crear una tan sola excepción de privilegio. Los males que nos ofrece la desigualdad imperante hoy día, las angustias de la vida, la penuria en el hogar, la miseria que á todos nos rodea, desesperante, cruel, pueden efectivamente, influir sobre los desheredados y dar origen á una especie de aletargamiento que por cierto tiempo contrarreste y

domeñe el influjo, ansias, vitalidad y energía de la pasión que se sienta en el corazón por el estudio, y el afán de dignificar la condición moral; pero, un tal aletargamiento no es posible que presida por tiempo indefinido sobre la voluntad y la razón humanas, con una tensión tan indómita y ciclópica que no permita la reactividad de ambas facultades más ó menos tarde; los pesares, las aflicciones, el sentimiento y el espasmo causan la alucinación, la desesperación y el atonismo, pero sin embargo nuestro organismo, en perpetua erupción de nuevas energías y otros vigores, reacciona, y, paso á paso, llega al imperio de sus fuerzas.

Es cierto que la expoliada familia posee un alma heroica, atormentada, con levadura de odios, de cólera y rebelión, como asimismo un cerebro robusto de pronunciadas cavidades en donde se mueven, en torbellinos agitados, ideas bruscas de reparaciones, pensamientos no refinados, pero centelleantes y en donde se elaboran la rebeldía y la venganza que, un día, haciendo eclosión la una y saciándose la otra, harán que cese una era execrable y maldita de usurpación, latrocinios, injusticias y apostasías.

Pero, también es evidente que esa gran familia carece de brújula que señale un punto, una dirección común para todos; de un sabio principio de positivismo que improvise un sentimiento unificativo, general, invariable y eterno que rijas, implacablemente, sobre todas las aspiraciones para que éstas, lejos de ofrecer el espectáculo de una multiplicidad insensata y confusa que disperse, descoyunte y cierna energías que se pierden en vano, sean vigorosa y prácticamente realizadas por el esfuerzo unísono y el acuerdo unánime de todos, con los menores sacrificios y en completa armonía con nuestras tendencias espirituales; que sufre un ataque de reumatismo cerebral producido por la pereza y la abulia que vienen alojadas en los glóbulos de sus venas y en las grasas del cerebro; que no ha tenido la suficiente iluminación para precaver que solamente está

reservado para los emancipados de todo error, de toda debilidad y de toda ignorancia el triunfo de la vida; de un timón en el espíritu que apartándole de la taberna y de la iglesia, del burdel y de la servidumbre le hubiese conducido á la escuela y á la asociación para instruirse y educarse en la primera y temprar su voluntad en la segunda.

No es necesario investigar muy á lo hondo sobre los flancos de las legiones de expoliados, para hallar, inmediatamente, una roña que contrista tanto como la roña religiosa, impermeable, granítica; un misticismo grosero de retrógrados, de sectarios alucinados, de escépticos uncidos á toda suerte de aberraciones y antiguallas; una visión con todos los síntomas de la atrofia, de la superstición, de lo quimérico é irredento.

Es la masa que duerme aún el opio de la esclavitud y la tiranía y el narcótico que ha ingerido el pueblo durante varios siglos, servido por la iglesia para apoderarse de todo el pan y hacer hambrientos; es el bloque

sobre el cual ha de golpearse, día tras día, con la piqueta racionalista para que abra los ojos á la luz de la verdad y la razón.

Es el conjunto del que paulatinamente se disgregan partículas apreciables que se suman al número reducido de los innovadores, fragmentos vitales y luminosos, elementos eximidos de la mentira del yugo mitológico, de la hipocresía celestial, que ya forman una falange temible, entusiasta, varonil y resuelta que izará la bandera roja de la rebelión en todo el Orbe.

Muy lejano aun este día; el conjunto, el montón, continuará ligado á las seculares cadenas del oscurantismo, de la embaucación religiosa y de las tenebreces de ultratumba, victimado por sus propios vicios, su enfatismo, su miedo divino, miserable, errante y sin libertad, alimentando vividores políticos, sosteniendo religiones, tiranías é infamias y oponiendo obstáculos al advenimiento de la futura sociedad.

ISAAC G. LÓPEZ

Desde la República del Brasil.

PÁGINA CIENTÍFICA

Sobre el espíritu científico

Entre los seres que piensan y que exponen la producción más ó menos sana de su cerebro, hay dos maneras de pensar: la mística y la científica.

Según que se razone de una ó de otra manera, se afirma ó se duda, se cree ó se analiza, se sueña ó se obra.

El espíritu místico, que corresponde al estado de ignorancia, que suple al análisis, á la observación, al conocimiento exacto por la imaginación, conviene:

1º A los religiosos;

2º A los poetas;

3º A los que pueden llamarse societafuturistas.

El espíritu científico, que en todo se opone al precedente, corresponde á la

necesidad insaciable de conocer, y se manifiesta por una duda y una crítica constantes, por una investigación continua de las causas y de los efectos consiguientes.

El problema de los orígenes del mundo se resuelve cómodamente por el religioso con su absurda hipótesis: Dios.

Jamás una hipótesis ha sido una solución.

No hay duda que en esta materia habrá siempre muchos puntos oscuros; pero aparte de que la aparición del primer hombre es de una importancia secundaria, es irracional detener todas las investigaciones, paralizar para siempre la inteligencia con la declaración de hallarse el problema defi-

nitivamente resuelto con la inexplicable existencia de un creador.

«Al Cosmos incomprendible, decía Anacarsis Clootz, añadís el Teos, más incomprendible aún».

Ese esfuerzo religioso para la cristalización del pensamiento, cada vez más desbordado, tiende á convertirse en un simple vestigio de los siglos de la infancia humana, y lo que ayer era misterio y desconocido, es lo conocido, lo explicado de hoy; el rayo, que para nuestros antepasados era grandiosa manifestación del Todopoderoso, ha sido canalizado, producido á voluntad, embotellado, domesticado, y nos alumbraba y nos trasporta.

Lo mismo sucede con todos los descubrimientos del hombre; cada vez se aclara el misterio de los tiempos pri-

mitivos; cada día caen hechos del orden sobre natural en el dominio científico, y seplantean nuevos problemas que se resolverán á su vez, presentándose nuevas incógnitas y así seguirá indefinidamente la humanidad.

¿Tenéis la clave del misterio? ¿Estáis en posesión de la verdad? ¿Todo se explica para vosotros? ¡Dormid, pues, tranquilos, señores religiosos! Nosotros declaramos humildemente conocer poca cosa; reconocemos nuestra ignorancia ante la multiplicidad de los fenómenos naturales; pero queremos saber, buscamos, analizamos. Para vosotros la certidumbre, que inmoviliza; para nosotros la duda, que impulsa, que mueve, que trabaja, que vive.

E. DENIAUT-MORAT

PÁGINAS LITERARIAS

Noche Buena ¹

Canción para mis niños

Bienvenida, noche buena,
noche de amor y de paz,
que derramas dulces sueños
de ventura en nuestro hogar!

En tu seno cariñoso
los juguetes vienen ya,
que mañana nuestros padres
en tu nombre nos darán.

Eres noche de concordia,
de cariño, de amistad.....
á tu sombra se engrandece
nuestro afecto fraternal.

Quando vuelvas, Noche Buena,
noche de amor y de paz,
con tus goces inefables
nuestras almas á alegrar,
que no falte nadie en casa
á tu llegada triunfal
y que reinen la armonía
y la vida en nuestro hogar!

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

¹ Jardín para niños.

Una reflexión ✓

Hay una leyenda sueca de Selma Lagerlöf en la cual la amable escritora hace que brille con plena luz el interés de cierto aspecto de la vida humana que no todos los ojos se han detenido á mirar, quizá no por natural apatía, ni aun por causa de la polvareda que los

vientos de la existencia anómala lanzan sin descanso sobre los hondos y atrayentes problemas del espíritu, sino más bien en razón de las desviaciones dolorosas y lamentables que el influjo de la egolatría hace sufrir á los ojos del alma. La escribió con ocasión del

premio Nobel que en tiempos recientes le fué justamente asignado, y finge en ella que cuando se dirigía á Estocolmo con fin de recibirlo, al igual que si la tierra hubiese desaparecido bajo el peso colosal de la máquina y los vagones, el tren, poseído de extraordinaria potencia, se lanzó en el espacio y vertiginosamente tomó rumbo hacia la admirable infinitud del cielo, en donde se detuvo para dejar á la soñadora peregrina en presencia de su anciano padre, allá asilado desde días, viejecito cariñoso, viejecillo compasivo, al cual quería revelar con dulzura la hija el magno secreto de su triunfo. Pero antes de hacerlo así, á modo de preparación extraña, se le ocurrió pedirle consejo acerca de cómo pagar todas las deudas, las deudas casi infinitas, que durante su vida había contraído. Con quién? Con él mismo, que de niña le inspiró, entre besos, la devoción del Arte en los libros mejores que por entonces existieron, en las páginas candorosas de los grandes cuentistas de su tierra; con cuantos, ya por credulidad, miedo ó neurótico delirio, infundieron vida á alguna conseja rara; con los que de algún modo le profesaron amor á la belleza; con los que le prestaron apoyo, la elogiaron, ó al contrario, faltos de fe en el porvenir de la artista, la deprimieron; con el crítico que la consagró públicamente; con sus lectores: viejos, mujeres ó niños; con todos los que en hora alguna de la vida le destinaron un pensamiento ó un recuerdo...; con los pájaros, los árboles, las flores, los musgos, las piedras; con la Naturaleza entera; y con toda la Humanidad! A los que soñaron, á los que sintieron, á los que amaron... á todos les debía algo.

De ello hubo de hacerle mención con suave acento al confiado viejecito que en un principio creyó que sería fácil satisfacer el santo anhelo de su dulce hija, pero que luego, ante la desesperante enormidad del crédito, y seguramente confundido por anormales

pensamientos, fué intranquilizándose, sintiéndose abatido, hasta que la congoja le extrajo lágrimas inmensamente piadosas, grandes, admirables, en tanto que se inclinaba víctima de pesadumbres su cabeza cana, y que dejaron de percibir sus oídos las palabras finales del relato, llenas de la emoción del triunfo definitivo y de la amargura causada al noble anciano...

Quién no llora cuando llega á comprender que ha desfilado por el mundo sin poder medir la trascendencia de la obra múltanime de los hombres, tan infecunda como de ordinario nos parece?

Es la hermosa verdad que se ha perdido entre la maraña de las cotidianas frivolidades, á la sombra de los coloreados parasoles del placer de Venus: lo nuestro es de todos! Somos de cierto los hombres como las partículas infinitesimales que integran un diapason: todas han de vibrar para que el canto de una nota ruede en los aires. La modulación menos intensa es obra común. Quien desprecia lo pasado, á sí mismo se desprecia; quien no anhela el futuro renuncia su derecho á la Vida. Y sólo existe en cuanto al valor de la tarea individual la restricción de que la realiza de mejor modo el que tiene conciencia de la significación de su vida con respecto á la vida de los demás seres. La posibilidad de crear en cada uno esa conciencia, la de hacer que intervenga la voluntad en el movimiento evolutivo individual, es el oasis en que se ampara de los rigores de la intemperancia y del egoísmo, la fe en la edificación moral del hombre...

Pero vamos todos marchando entre tinieblas, y cuando creemos interpretar las grandezas del destino mascullamos margaritas que fueron hechas para supremo deleite de labios más puros. El fuego sagrado de la solidaridad conciente no se ha encendido aún en los corazones.....

OMAR DENGO

Los suscritores que no estén al corriente de pago no recibirán el próximo número

El fracaso de una vida

Amparados á la media sombra de un frío atardecer de noviembre, y mientras se llegaban á nosotros los ayes de las campanas, heridas siempre por las mismas manos del campanero y á esa misma hora del ángelus—frente á su escritorio de trabajo donde los libros, unos empolvados y en estivas y otros abiertos como en un prolongado bostezo de pereza, denotaban el abandono de los últimos días—mi buen amigo, á quien un fraternal acercamiento había transformado en hermano, comenzó á hablarme así:

Ya lo ves!... Todo tiene su límite. En el marchar inexorable del tiempo por el árido desierto de la vida, hoy, mañana, después, para todo llega su hora, y la de decir ¡basta! á esta infamante existencia de pesadumbres ha sonado ya.

(Y cuando así me hablaba, sus ojos tenían la aparente calma de un lago abandonado, y su frente parecía un gran pétalo de azucena.)

Cómo me he quedado de solo! Los cariños que embellecieron casta y compasivamente muchas horas de mi éxodo á la morada del silencio, me han abandonado, al tiempo que los más crueles desengaños han herido despiadadamente mi alma de soñador.

Mi carácter libertario no es para esta época en que triunfan y pasean enseñoreados los más vergonzosos mercantilismos, y se yerguen en actitud altanera las mentiras hipócritas y las hipocresías mentirosas; en que la palabra no responde al sentimiento, y en que perece, naufrago en un mar de insolentes injusticias, el que tiene la osadía de gritar al paso del carro triunfal de una desvergüenza, al conjuro de su espíritu honrado.

Por frente á mí han pasado, en un gesto de carnaval, los que fingieron ofrendar conmigo flores de sinceridad ante el santuario de un cariño, y conmigo caminaron cortos trechos para reír después de mi candorosa que creyó en el triunfo de la verdad

sobre las actuales mentiras y en la sinceridad de los hombres. Los he visto pasar por frente á mí atados á la carlanca de sus claudicaciones, en marcha hacia la conquista del triunfo fácil.

Mi vida, como un callejón que va á desembocar al calvario de todas las crucificaciones, se me angosta cada día más; y allá en el límite donde la vista alcanza, está siniestramente oscuro.

Los que tengan, como tú y yo, un carácter rebelde y una voluntad honrada, están propensos á la derrota, ya que no pueden prestar el concurso de su brazo ni de su cerebro, á estas farsas infcuas en que triunfan la mala fe que hiere entre las sombras y la vileza que se arrodilla.

La labor realizada por todos los valientes pensadores en la difusión de la verdad ha logrado tan poco! Al que no logran domar en la adusta fuerza de sus rebeldías y de sus valerosas altiveces, las turbas inconscientes, por ignorantes, le hacen tomar la cicuta como á Sócrates, ó lo enclavan en una cruz como á Cristo en el calvario; y aquellas simientes fuertes y pujantes que llevaban en sí una ingénita fuerza de regeneración, han caído, como las de la parábola, sobre piedras de indiferencia ó de desprecio.

A despecho de todas esas hermosas teorías que han brillado cual fúlgidas estrellas en la negrura de nuestro horizonte, seguirá reinando un Nicolás de Rusia que tiraniza impiamente á ciento veinte millones de infelices que sienten, día tras día, el escozor del látigo sobre sus espaldas; el capital seguirá pesando, como yugo opresor sobre la cerviz del proletariado irredento; y el fanatismo seguirá triunfando en su obra de odios y venganzas entre las sombras de ignorancia que lo engendran.

Pero, escúchala, argüíste yo que hasta entonces había permanecido absorto ante el desfile de sus amargas realidades; por qué hablas hoy así de esa manera, como al influjo de una tremenda

desesperación, si la vida aun te reserva un surco para cultivar, un corazón para decorar con las perfumadas flores de tu ingenuidad cariñosa, y una cumbre que escalar, llena de ardores el alma?

Ah! ya te dije cómo todo tiene su límite, y cómo para todo llega su hora. Ninguna de las que he vivido, vistió tan negro luto como la de ahora. Del árbol de mi vida cayeron, en el invierno de una desolación, todas las verdes hojas de la esperanza, y el árbol quedó desnudo, azotadas sus ramas—cual brazos de esqueleto—por fríos vientos de infortunio que recitaban entre ellas un largo *de profundis*, como el fúnebre canto de la alondra herida al pie del nido. Pero allí entre los descarnados brazos de ese árbol erguido en medio á la brumosa senda, como en un gesto de miseria invencida, descansaba plácida, tranquilamente, el nido de mi amor. El lo resistió todo. No pudieron destruirlo las nevadas de desolación ni los fríos de infortunio. Era el último trofeo de mi vida, el postrer girón de mi alma, la única estrella que prestó un pálido resplandor á mi sendero cuando me quedé solo, reclamando un brazo humano que no vi extenderse en ademán fraternal, ya que no es de esta época ayudar al que flaquea en mitad de la jornada.

Y como el naufrago arrojado á playas extranjeras, oprimí contra el pecho delirante de emoción, lo que pudo rescatar sobre las aguas, di á ese amor todas las fuerzas de mi alma, todos los vígores de mi espíritu, los fuegos todos de mi corazón. El simbolizaba para mí cuanto de noble y bello he aspirado; todas mis ansias. Cuando pensé con desaliento en la derrota de mis creencias y en las mentiras del vivir actual, ese cariño, el de ella, que buena y compasiva curó mis heridas y reprimió mis ímpetus feroces, me alentó para seguir batallando por la consecución de un ideal tantas veces fantástico.....

Pero ya se fué hasta ella. Los ecos de sus voces de cariño en premio de mis luchas, ya no suenan en mis oídos

cuando caigo rendido en una encrucijada de la senda; su amor es ya un pretérito, y han quedado en mi mente tras del hundimiento de ese sol, una hermosa estela de recuerdos melancólicos, como los últimos rayos del sol que decoran las más altas cumbres.

—Pobre amigo mío, me atreví á interrumpirle en ese momento atugusto, engrandecido por el dolor de un alma vencida; haz un esfuerzo. Por qué no has de resistir estos golpes, y aguardar el advenimiento de una época mejor?

Una época mejor? ¡Así pensáis vosotros los que de niños no habéis sentido la estrechez y el frío de la miseria, de jóvenes la tiranía que lucha por ahogar en el alma los sentimientos de rebeldía, y de hombres el convencimiento de la inutilidad de una existencia que labora en sentido contrario al del común de todas las gentes, huéspedes de este siglo hipócrita. Como si las condiciones de esta humanidad fueran producto de la época y no de los hombres. Para regenerarla hay que destruirla.

—Pero, qué podemos hacer que no sea resignarnos á esta existencia?, le agregué.

Amigo mío, quién está obligado á luchar y á soportar las inclemencias de una vida que no buscó? La vida es una eterna imposición. Nacemos felices ó desgraciados, por fuerzas extrañas á nuestra voluntad y á nuestro empeño. Y en ese caso, hay obligación de aceptar la vida como vengá, y de luchar atados á ella, tal vez en el más espantoso de los cautiverios? Estamos obligados á transitar por una senda que se nos marca despóticamente? La humanidad marchará más decididamente por donde quiera ir, cuando á los talleres de la vida sólo asistan los que tengan voluntad de vivir bajo la lluvia de este sol que baja desde lo alto hecho beso de luz y de calor para todos, en humillante contraste con la Justicia injusta de los hombres.

No has visto? Todos los pechos son de maldad, todas las sonrisas de hipocresía, y la mejor vida es la que no se vive.....

Ahora ya sabes tú el proceso de meditaciones que precedió á mi determinación.

Y bañando con una mirada compasiva toda la estancia, casi oscurecida ya por las sombras que entraban por la ventana entreabierta, se acercó á su escritorio y, tomando un revólver que parecía haber sido colocado allí como un forcejeo de vida ante la inevitable atracción de la muerte, única restauradora de nuestros anhelos marchitos y nuestras fuerzas perdidas, tornó á mí diciéndome: el fogonazo del disparo de esta arma iluminará la senda de mi muerte, como la lumbre de los ojos de mi amada, iluminó la senda de mi vida.

No me resigno á que te vayas, le dije entonces atolondrado por la emoción. Eres el único á quien pude confiar mis confidencias que tú siempre supiste comprender. Y es tan bello tener un buen amigo á quien decir las cosas que pugnan por salir del pecho! Pero tampoco me esforzaré en retenerte en esta vida que se ha mostrado ingrata contigo. Yo no puedo mostrar á tu espíritu cansado una perspectiva de lucha que premie tus afanes: apenas puedo arrastrar penosamente la pesada cadena de este remedo de existencia. Porque en verdad ¿con qué derecho puedo esforzarme en que sigas batallando con la vida, si en favor de esa vida tuya nada puedo hacer yo?

—Tú serás el único que, en medio á los moralistas teorizantes que levanta-

rán una grito infernal en reprobación de mi suicidio, sepa el por qué de mi determinación.

—La grito de los moralistas teorizantes has dicho? Y qué, no son ellos en todos los momentos y en todas las circunstancias los que han dejado caer el peso de sus inculpaciones sobre faltas y dolencias en cuya formación han colaborado? No les habéis visto flaquear en presencia de los mismos defectos que ellos vituperaron? No habéis visto cómo no tienden su mano á la mujer que va á resbalar, y la hacen después víctima de sus críticas envenenadas?

Los males que te obligan á abandonar la vida, dependen acaso de tí? Puedes tú acaso remediar este desequilibrio, esta desigualdad social que da á unos diamantes y sedas y arrebatá á otros un mendrugo de pan y un mísero arapo? De seguro esos que arrojen sobre tu nombre piedras de dicerio, son de los que mantienen esta inarmonía en que vivimos y contra la cual han logrado tan poco nuestras batallas. Adiós..... hasta nunca, querido amigo mío. Y en supremo abrazo como al borde de un negro abismo, fundimos mi esperanza y su dolor.

Poco había caminado, cuando llegaron hasta mí los ecos sordos de la detonación de su arma —como voz de protesta ante los horrores de este mundo social.—

Lloviznaba. Un viento frío traía olores de cipreses del vecino cementerio...

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

CRÓNICAS SOCIALES

Para el Nuevo Año¹

Quién sabe si será porque en esta hora nos oprime las sienes un abati-

¹ Tomamos de la sección editorial de *Hoja Obrera* este bello y sincero artículo, que acaso la inconsciencia de los Directores de aquella publicación dejó pasar sin el mordisco que á nosotros nos fué dado por decir en otra forma menos alambicada iguales conceptos. Reconocemos en el estilo, el de un compañero cuya pluma adorna á las veces estas páginas.

miento intenso, ó porque en verdad carecen de efectivo prestigio las labores de emancipación realizadas por el grupo trabajador del país en el curso del año que agoniza, que no las considere nuestro pensamiento dignas de mención alguna que signifique ala-

banza ó cuando menos aplauso. Antes al contrario, las conceptúa merecedoras de un enérgico reproche. Han sido vanas, estériles; la agitación política con los tumbos de su perfidia se encargará de hacer trizas sus resultados, uno á uno, uno en pos de otro, hasta que al fin ni siquiera la vibración de su recuerdo quede en el dorso de los erizados arrecifes sobre los cuales habrán de ser atrozmente aniquilados.

No como á otros corazones entusiasmados al nuestro los frutos recogidos con ocasión de la noble iniciativa recientemente efectuada en la hermana tierra salvadoreña. Ellos también se desmoronarán bajo la planta del comercialismo repugnante que en este momento inicia su merodeo fatal.

Y es mentira que el inconsistente movimiento obrero de esta ciudad haya bastado, como ingenuamente se afirma, para consolidar la unión de los trabajadores en la forma que desde tiempo se ansía efectuarla, con justo y digno anhelo. El regocijo de una noche; el regocijo instintivo de una fiesta,—en buena parte reflejo de otras que la comunidad obrera manifiesta acremente desdeñar,—no ha de reputarse halagüeño augurio de prosperidad si se considera que á más de que las intrigas estorbaron su pacífico disfrute, nada hay tan desconsolador como el criterio que ciertos compañeros invocan para justificar que tales festivales consuman los dineros escasos y duramente obtenidos que en obras mejores debieran ser gastados. Pues sostienen ellos que si no se recurre á esa especie de atractivos es de todo punto imposible lograr que los obreros se agrupen; que debe empezarse por proporcionarles motivos de placer, y que luego, en los momentos en que la alegría hermana es cuando cabe que las ideas y los ideales enciendan sus faros para mostrarles la amplia ruta que hacia la apropiación de sus destinos ha de conducirlos. Pero mientras las ideas mismas no los impulsen; en tanto que no sean los propios ideales los que les brinden selectos deleites y les produzcan férvidos entusiasmos, toda tenta-

tiva, todo empeño, vano será como las vespertinas refulgencias, que tan sólo permiten crear la ilusión de que no va á ser negra y fría la noche que después de ellas soberanamente se distiende y lo domina todo con su soledad, con su silencio...

Más allá llega todavía el infantil imaginar de ciertos espíritus que inconcientemente, sin duda, atribuyen estu-pendo valor al criterio tradicional desmedrado é ilícito, que asegura no ser menester que haya determinada relación de causalidad entre el fin que se tiene en mira y el medio que para lograrlo se escoja. Manera de pensar que es normal, entre nosotros sobre todo, en materias políticas y que da origen al rimerero de morbosidades trascendentales que cada lucha eleccionaria deja pesando sobre la oscurecida conciencia nacional. Y así dicen, que mientras tenga vigor el propósito de formar la federación obrera,—propósito que nadie vacila en considerar ciertamente prolífico y aun indispensable como punto de partida de toda otra actuación eficiente del proletariado,—no importa cuál sea la clase de recursos que se adopten para provocar su advenimiento; de donde resulta que hasta se ha creído conveniente autorizar la existencia de juegos de azar en el seno del club que primero se organice. Eso es sencillamente vergonzoso. Si para obtener asistencia á una disertación, á una clase, á una lectura ó á un debate relativo á cualquier asunto es menester la previa atracción que el vicio ejerce, no vale la pena de que se concurre á conferencias, que se oigan lecciones ni que se lea ó discuta, pues los espíritus que necesitan el incentivo de la alegría insana para disponerse á emprender labores serias que requieran entusiasmo, desinterés y absoluta conciencia de su finalidad para ser llevadas á venturoso término, incapaces son y serán, sin restricción alguna, de tomarlas á su cargo inteligente, sincera y generosamente. Cuando la fortuna les sea adversa, por un capricho del cubilete maldito, ó el licor traicione la fe que las primeras liba-

ciones inspiraron, amargamente, con implacable dureza, caerá hecho pedazos el noble empeño y sobre él desfallecerán los ánimos que de modo sano se irguieron con decisión de proseguirlo. Tal es la cruel realidad de la falsía y así son de funestas sus resonancias.

Si de manera semejante se ha de trabajar; si se carece de fe en la virtud del alma proletaria, —cuyos vicios sólo en pequeña porción le son imputables, —no se insista torpemente en fomentar la unión, la solidaridad, como se hace, porque ninguna cristalización sería al cabo duradera, sino antes bien fácilmente deleznable. La política, —ya lo hemos dicho, —daría fin á la mejor adiestrada colaboración de esfuerzos. La política, —especialmente la nuestra, que es casi siempre un despreciable tráfico, un lujurioso amanecimiento de ruindades, —por razón de su misma naturaleza perversa, es opuesta á todo cuanto no esté comprendido en la zona de la mezquindad ni tenga por sostén la conveniencia y el lucro. De ahí que su fuerza tienda necesariamente, por ley defensiva, á

ejercerse en el sentido de extinguir las manifestaciones del doctrinarismo sano. Y ese su poder de destrucción se ejerce con tanto mayor buen éxito cuanto menos robusta sea, á causa de los elementos que se hayan congregado para crearla, la idealidad que se le enfrente.

El año que muere ingrato ha sido para la suerte del engrandecimiento proletario entre nosotros; no han sabido los hombres aprovechar los auxilios inmensamente valiosos del tiempo. Que antes de morir nos vea al menos, á todos los que sentimos las inquietudes del más allá, formular, de todo corazón, la promesa de consagrarle mayores afanes á nuestros ensueños, mientras corran los días que sobre su tumba encenderán bien pronto la luz de otra época. Y que esos afanes antes que perderse entre la algarabía de las realizaciones prontas y por lo mismo efímeras, arrumben por las sendas de la constancia y del estudio hasta donde sea necesario llegar para recibir la iniciación suprema bajo cuyos efluvios brote en el corazón obrero la conciencia perfecta del Ideal!

(De Hoja Obrera)

Epílogos

Meditaciones de Navidad

En nuestro país, no hay clases sociales. Todos somos unos, hospitalarios, clementes, misericordiosos. Pretender alzar ante las gentes una afirmación contraria, es intento pecaminoso no justificado por los hechos diarios. Hablar aquí de opulencias que escarnecen y de miserias que tiritan, es colaborar insensatamente en la siembra de odios que da por toda cosecha el desmembramiento de las sociedades.

Así argumentan cuando el caso llega—y el interés particular lo ordena con imperio—los hombres que en la Prensa representan las comedias del sacrificio en aras del interés común.

Fuertes y volubles son, sin embargo, los vientos de la pasión que inspira á esos caballeros de la pluma y del

discurso. Avientan muy lejos el concepto escrito ó la palabra dicha, y traen á ocupar sus sitios palabras y conceptos que de todo en todo los contradicen con admirable lógica.

A propósito de la Fiesta de Navidad frustrada este año por la tacañería de los capitalistas á quienes se llamó por quien lo sabe «*asnos cargados de oro*», la misma prensa que ha mirado en el afán nivelador que nos impulsa una demencia pernicioso, ha tenido lamentos por el rato de dicha que vino á escatimar el malogro de esa fiesta á *los pobres niños desheredados* para quienes la nochebuena ha traído una cruel revelación de injusticia y un fermento de rebelión para el futuro.

¡Ah, con que hay entonces desheredados y asnos cargados de dinero? Luego no es tan irracional el fuerte

anhelo de quienes de esa desigualdad hacen tribuna para arengar con entusiasmo á los desposeídos.

Los defensores de la burguesía no son igualmente favorecidos por la lógica. El sentimiento humano—formidable é inmanente—sabe gritar también á ratos perdidos tras de las corazas de la convención social que los baluartes del privilegio representan, y la noble traición vende la plaza.

Entramos en ella unos instantes para enarbolar un triunfo fugitivo de nuestros afanes.

Entretanto, nos ocurre preguntar á la conciencia universal: ¿es que los niños pobres no tienen derecho á la alegría? Y si lo tienen, podremos los hombres de honor seguir tolerando que ese derecho se viole indefinidamente en nuestro derredor?

Si meditamos en esto habremos de concluir por declarar que la falta de aguinaldos para los hijos del proletariado en esta Navidad no volverá á repetirse. Porque exigiremos de los acaparadores de la fortuna, en otro caso, la restitución que en esa forma habrán de hacer al patrimonio universal.

Todos
alegres

Nosotros fuimos con nuestros niños á un asilo de inválidos, á compartir con ellos la alegría de

la Pascua.

Destrozados dolientes del huracán de la vida son aquellos viejos recluidos, á quienes la naturaleza se niega con porfiada sabiduría á dar su mendrugo de descanso.

Ellos también gustan de creerse niños cuando el perfume agreste de los *portales* lleva á sus sentidos la ilusión de los renacimientos. Que no es otra la impresión que á todos nos agita en estos días en que el dolor concede su armisticio anual.

Aun los más achacosos parecían ser ágiles. La vieja de la tos tenía el rostro plácido, y quieto, muy quieto el fuelle de su pecho. La coja no claudicaba; andaba á tranco veloz por los corredores pavimentados. La idiota animaba

su habitual sonrisa con pálidos fulgores de pensamiento; hasta nos pareció que afectaba á ratos la seriedad esa solemne que pasa entre las gentes cuerdas como revelación de buen sentido. La paralítica no se movía ¡es claro! pero ya no mostraba en su mirada aquella perenne nostalgia del trajín; parecía contenta de su falta de acción que le permitía saborear con calma, á todo gusto, los encantos de la Navidad.

Todo en aquella tristeza derruida estaba alegre. Las carcajadas brotaban de cada boca macilenta como parásitas en grietas de ruinas, mientras la Directora del Hospicio pasaba repartiendo aguinaldos y sonrisas: esos otros valiosos agasajos.

Todos alegres; menos nosotros, los que tenemos la enfermedad de pensar y sentimos con el corazón del mundo doloroso los dolores del mundo; los que no hallamos donde todos lo hallan, el motivo de tan grande alegría.

Sólo un niño ciego, que allí está no se sabe por qué—como brote esmirriado entre una generación de troncos leprosos,—alzaba la carita contraída por la mueca atormentadora de siempre, y palpaba en torno con aire de extraviado. Ciego, mudo y torpe el pobrecito. En su gesto lleno de protestas, parecía estar incrustada esta pregunta: «pero ¿por qué se alegrarán esas gentes? Yo no siento antojo de reír. Nada sé de lo que ellos celebran. Probablemente la causa que genera esas complacencias no alcanza á todos los que estamos aquí. Por allí habló una mujer de alegría universal. ¿Por qué? Seguramente no seré yo la sola persona privada de luz y de ventura. ¿Y no somos nosotros, los atrofiados por la maldición de la herencia, una gran parte de ese universo que se cree conmovido por el deleite en este día, negro como todos mis días? ¡Quién sabe si no habrán equivocado su contento esos compañeros! Por lo menos le dan al hecho que lo origina una importancia universal que está muy lejos de tener.»

¡Ah! y qué alegría la suya cuando lo tomamos de las manos y uno de

nuestros niños sonó á su oído la cajita de música que llevaba para él.

Alegría dolorosa, desgarradora, fué la suya. Agitó en alto los bracitos nudosos y enjutos, iluminó su rostro como con una carcajada de ira, y empezó á brincotear. Luego, cuando se cansó, se acercó más á nosotros, nos palpó bien y cuando supo dónde teníamos el cuello, se abrazó á él con una ansia de opresión que nos dió escalofríos. Parecía un sediento de cariño abalanzándose á un raudal de afectos.

Matronas virtuosas que gastáis la sedefia blandura de vuestras rodillas en las baldosas de los templos; caballeros piadosos que edificáis con vuestra devoción en misas y sermones; obreros extraviados que reclamáis derechos con voz aguardentosa y que incubáis talvez los hijos de la degeneración alcohólica: escépticos taciturnos que encerráis en claustros de indiferencia vuestros desencantos; cuando queráis mojar lo que muchos de vosotros llamáis alma en la frescura de un renacimiento, id á los asilos de la desventura. Llevad también á vuestros hijos para enseñarles el evangelio de la fraternidad.

Amargos
de verdad

Las gentes que andan enredadas en el negocio de la tonsura y del manteo, pescan todavía con

abundancia aun en las corrientes de la incredulidad de la época presente. Los *turnos* religiosos se suceden con éxito asombroso y con frecuencia que irrita, y las arcas de los templos rebosan bienestar cuando á muchos falta ya el pan de todos los días.

Las escuelas, en cambio, sufren la anemia económica que tiene postradas tantas energías; los niños pobres se quedan sin obsequios en la nochebuena; y los asilos de refugio para el residuo humano vegetan casi sin otro esplendor que el del empeño laudable de sus esforzados sostenedores.

Las escuelas, sobre todo, no tienen ni siquiera el amparo de todos los que en ellas debieran haber puesto sus mayores intereses. Nos referimos con pesar á los maestros.

Una dolorosa experiencia, nos obligó á retirar de nuestro pensamiento la cimera de ensueños que en honor de ese apostolado del magisterio en Costa Rica, más de una vez hubimos de agitar con reverencia.

Descartando á una docena—no todos de la ciudad—que quieren con cariño de verdad la función que anda en sus manos, la maestría costarricense no es sino uno de los ramos de la empleomanía que devora á estos países nacidos del oficialismo, del claustro y del tореo.

Así se explica el lamentable fracaso de las ferias para el sostenimiento de los planteles de enseñanza, á la par de ese auge con que los *turnos* de iglesia patrocinados por el Ministerio de Instrucción Pública, levantan aún antenosotros la barrera del misticismo.

Y es de tal modo abrumadora la realidad de este desastre, que muchas de las pobres *educadoras* que conceptuaron humillante y desdoloroso pedir para su escuela, allá van en las ferias religiosas casi metiendo la mano de su coquetería en los bolsillos de los concurrentes.

Llegará, pues, el Gobierno á justificar el desdén y la grosería con que trata á esos *empleados* de su departamento de instrucción pública, entre los cuales nuestra buena voluntad siempre candorosa encontró á las veces servilismos, envidias, vanidades, arrogancias inoportunas, egoísmos y concupiscencias?

La lealtad nos obliga á declarar en esta vez, que efectivamente cada uno es árbitro de su propia suerte y que nadie puede quejarse con derecho de la falta de consideración que no supo inspirar.

Amarga es, indudablemente, la verdad. Pero el deber y el amor nos fuerzan á decirla.

La dentellada

Ya sabíamos de antemano que nos aguardaba en la esquina la dentellada del obrero mal contento de su condi-

ción de trabajador, que aspira al surgimiento hacia las granjerías.

Tal certidumbre no consiguió andar la voz en la garganta. ¿Por qué? ¿No estamos habituados desde niños á los conflictos engendrados por la sinceridad?

¡Es tan humano, y casi diríamos tan natural, el escózor que produce la verdad cuando ella no puede lisonjear!

Por eso el exabrupto con que la *Hoja Obrera* nos regala, allá se va con la galantería de que nos hizo objeto en su otro número reproduciendo el artículo en que elogiábamos una importante resolución del Congreso Obrero Centroamericano. Ambas manifestaciones de la psicología artesana, pasan inadvertidas á nuestro corazón. Porque si nuestra voz se cree ahora desautorizada, en ambas ocasiones debió serlo para los que pretenden realizar el milagro de apagar por excomuniones pontificias la razón de una queja.

Con recriminaciones personales desposeídas de hidalgüía y de justicia, no se deshacen los cargos serios que mante-

nemos en pie. Al contrario, se afirman. El grito desesperado es la mejor señal de que el cauterio llegó al lugar dañado al cual lo dirigió nuestra piedad.

Ya lo hemos dicho, no estamos aquí para adular los vicios de la plebe. Si nuestro anhelo no volara más alto, ya hubiéramos hace rato vuelto trizas la pluma que nos cupo en suerte manejar en la vida.

Los trabajadores conscientes conocen bien que no es quien los adormece con la canción de pretendidos derechos sin deberes, quien de veras los quiere; y todos los obreros de Costa Rica saben que si les decimos la verdad sin cortapizás, es porque amamos su causa y porque no apetece sus sufragios para alcanzar alturas que más de una vez ha rechazado nuestra voluntad, por crearlas incompatibles con nuestras convicciones.

Es todo cuanto se nos ocurre contestar al periódico de los obreros.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Acusando recibo

Los piratas de la Malasia, por Emilio Salgari (colección *Viajes y Aventuras*).

Hemos recibido los cuadernos 7 al 12 de la notable obra de Salgari cuyo título encabeza estas líneas y con las cuales termina tan amena é instructiva narración, que, como todas las del insigne autor italiano, cautivan el ánimo del lector desde las primeras páginas.

La Casa Editorial Maucci, que tiene

el propósito de continuar dando á conocer, esmeradamente traducidas al castellano, las obras escogidas de Salgari, anuncia á continuación la que lleva por título *La Conquista de un Imperio* que alcanzó numerosas ediciones en idiomas distintos.

Esta colección *Viajes y Aventuras* se publica semanalmente por cuadernos de 32 páginas de texto y 2 artísticas láminas sueltas, al precio de 20 céntimos.

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

INDICE

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
<i>Alfaro, Anastasio</i>		<i>F. Zepeda, Jorge</i>	
Mi refugio.....	26	Canto á los labriegos.....	60
<i>Aguilar, Arturo</i>		<i>France, Anatole</i>	
El movimiento social.....	63	La limosna.....	164
<i>Albertazzi Avendaño, J.</i>		Las leyes y la justicia.....	204
El triunfo del maestro.....	189	<i>Falcó, Ricardo</i>	
El fracaso de una vida.....	383	Homenaje á Francisco Ferrer.....	224
<i>Benavente, Jacinto</i>		Los delatores de Ferrer.....	309
Paternidad.....	104	Atropello gubernamental.....	328
La futura guerra no será internacional sino social.....	168	<i>Ferrer G., Francisco</i>	
<i>Bórquez Solar, Antonio</i>		Palabras del Maestro.....	227
La Oración del Huerto.....	105	Palabras de oro.....	264
<i>Blasco Ibáñez, Vicente</i>		Páginas de Ferrer.....	309
¡Cristo ha muerto!.....	109	<i>Flores Magón, Ricardo</i>	
<i>Bonafulla, Leopoldo</i>		La bandera roja no se rinde.....	254
La muerte de un apóstol.....	323	¡Paz! ¡Paz!.....	359
<i>Colo, Rubén</i>		<i>Faure, Sebastián</i>	
Dos Evangelios.....	7	Dios y Religión.....	274
La reina.....	61	<i>Fernández, M.</i>	
Renovación.....	78	Desde la Argentina.....	260
El premio.....	94	<i>Garnier, José Fabio</i>	
Arboles muertos.....	106	Ideas y opiniones.....	11, 27, 43
Frío.....	157	El señor de Haleborg.....	59
Chela.....	184	<i>González, Luis Felipe</i>	
Bajo el sol.....	216	Los exámenes.....	70, 90, 101, 120, 135, 151, 181
Hombres y máquinas.....	252	<i>González Pinto, José</i>	
El mercado de la miseria.....	281	La «bagaudia».....	134
Seis menos.....	337	<i>Girard, Andrés</i>	
Abejas y hombres.....	374	Ferrer-Sagrístá.....	142
<i>Castro, Salomón</i>		<i>Gamboa, Isaias</i>	
Mil golpes en la herradura, pero ninguno en el clavo.....	13	Excelsior.....	452
Calma, señores, calma!.....	29	<i>Grave, Juan</i>	
Los idóillos escandalizando!.....	47	Los textos de la Escuela Moderna.....	301
El Nazareno triunfa!.....	62	<i>Guyau, M.</i>	
Vicente y «la serpiente».....	158	Consideraciones acerca de la libertad moral.....	364
El acratismo y la dignidad humana.....	304	<i>Herrero, Antonio</i>	
<i>Casasola, José</i>		Educación integral.....	213
Educación física.....	37	<i>Hugues, Clovis</i>	
Enseñanza sectaria.....	229	La plegaria inútil.....	90
<i>Clovis, Hugues</i>		<i>Ivern, Magín</i>	
La plegaria inútil.....	90	Diálogo entre un cristiano sincero y un Racionalista.....	170
<i>Chapelier, Emile</i>		<i>Ilhenatnom, J.</i>	
Inquilino y casero.....	353	¿Dónde vamos?.....	226
<i>Dengo, Omar</i>		<i>Iglesias, Manuel</i>	
Líneas.....	27	El fin de las supersticiones.....	276
En alta noche.....	78	<i>Jiménez R., Elias</i>	
El triunfo del Ideal.....	95	A modo de crónica.....	122, 143, 159, 175, 191, 207, 220, 235, 255, 266, 286, 327
«Fini Terro».....	103	Eliseo Reclus.....	242
Comentarios.....	118, 130	Acusando recibo.....	270, 288
Los soldados.....	148	<i>Kropotkin, P.</i>	
Glosas literarias.....	173	El trabajo agradable.....	211
Visita á los muertos.....	185	<i>Lorenzo, Anselmo</i>	
Una reflexión.....	381	Saludo fraternal.....	1
<i>De «Tierra y Libertad»</i>		El Ideal.....	3
Los mendigos del socialismo.....	56	Triste lección.....	17
<i>De «Cultura Proletaria»</i>		El Proletariado emancipador.....	35
Sigue la revolución en México.....	80	La libertad y la infancia.....	40
<i>Díaz Mirón, Salvador</i>		La tendencia sociológica.....	65
Los patrias.....	125	La columna de Vendome.....	81
<i>De «Solidaridad Obrera»</i>		Justicia y Economía.....	97
Una detención.....	143	Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis.....	123
<i>Dal Rey, Janny</i>		El derecho á la evolución.....	129
Las pollas.....	169	Orientación.....	345
<i>Debierre, Ch.</i>		El Catolicismo y el Problema social.....	161
La Ciencia y la Religión.....	228	Táctica obrera.....	477
<i>D'Raquea, Benito</i>		Datos sociológicos.....	193
Contrastes de la vida.....	285	El reinado de la abundancia.....	209
<i>Deniant Morat, E.</i>		El ideal de un sabio.....	225
Sobre el espíritu científico.....	000	A través de ocho siglos.....	242
<i>De «Hoja Obrera»</i>		Sofisma burgués.....	257
Para el Nuevo Año.....	285		

	Págs.		Págs.
La Sociedad y el Estado	273	<i>Pi y Arsuaga, F.</i>	
Ideas y Letras	277	La propiedad	188
Francisco Ferrer Guardia	290	El cuervo	284
El Castillo Maldito	307	<i>Pratella, Aristides</i>	
La instrucción de clase	329	El Huerto del Mundo	496
Una evolución histórica	345	<i>Proudhommeaux, J.</i>	
El privilegio	361	La guerra es un negocio	217
La Justicia en el Evangelio	377	<i>Perera, Miguel</i>	
<i>La Redacción</i>		Sin título	210
Nuestra orientación	2	<i>Reclus, Eliseo</i>	
Movimiento obrero	13	Las leyes se van	25
Los Teóricos	15, 31	Los salvajes	246
Algo que se olvida	30	El progreso	248
Biografía de Anselmo Lorenzo	34	La pena de muerte	346
El silencio... parlamentario	48	<i>Renán, Ernesto</i>	
Sobre educación	73	El Cristo	100
Una detención	143	<i>Rojas, Victor M.</i>	
Psicología de la autoridad	165	Los desheredados de la fortuna	127
Las nuevas capas sociales	205	<i>Roxlo, Carlos</i>	
Nuestra piedad	253	Andresillo	167
La Revolución de Barcelona	312	<i>Ramón y Cajal, Dr. S.</i>	
El Militarismo	332	Dos modos de educar	190
<i>Liva, Carmen</i>		Palabras de oro	334
Carne de miseria	45	<i>Reibrach, Juan</i>	
¡Todos irresponsables!	76	El Blanco y el Negro	202
Un ensueño del Rabí	107	<i>Richepin, J.</i>	
Andrésillo	154	La niña que tose	374
Del natural	200	<i>Sanahuja, Leandro</i>	
Sol para todos	252	Pensemos en esto	172, 234
Vida en las cosas	281	<i>Spencer, Herbert</i>	
Balada de Noviembre	338	Patriotismo	105
<i>Logo, Alfonso</i>		<i>Simarro, L.</i>	
La Educación	278	El proceso Ferrer y la opinión europea	205
<i>López, Isaac G.</i>		La defensa del acusado	317
Laboremus por el racionalismo	335	Manifestación de Ferrer	322
Practiquemos el racionalismo	333	<i>Sallé, Abel</i>	
Único remedio	369	Religión y negocio	343
Enemigos de sí mismos	378	<i>Tolstói, León</i>	
<i>Leroy, Blanche</i>		El derecho y sus mentiras	4, 18
¡Ser madre!	366	<i>Tarriq del Mármol, F.</i>	
<i>Lazare, Bernard</i>		La enseñanza religiosa y la infancia	40
La Justicia	371	Crónica científica	57, 166
<i>Maur, Alicia</i>		Sociología matemática	150
Las bestias y las personas	53	Debe y Haber	180
<i>Masferrer, Alberto</i>		Ciencia y Religión	368
Los jornaleros	69	<i>Toulouse, Dr.</i>	
Fragmento	157	El Pacto Social	82
<i>Magallanes Moure, M.</i>		<i>Trigo, Felipe</i>	
Los bueyes	75	La toga	342
<i>Maeztu, Ramiro de</i>		<i>Ugarte, Manuel</i>	
Las plañideras	80	Los obreros	44
<i>Montero, Bolívar</i>		<i>Uribe, Diego</i>	
Párrafos	110	La costurera	137
Con motivo de la próxima fiesta del árbol en el Naranjo	206	<i>Valencia, Guillermo</i>	
Hacia el porvenir	205	Los camellos	93
<i>Montalbán, Leonardo</i>		<i>Villaespesa, Francisco</i>	
Un cuento de amor	125	La parábola del leproso	111
<i>Mas y Pi, Juan</i>		<i>Verea, Ramón</i>	
El desnudo y la moral	130	La confesión	186
<i>Mella, Ricardo</i>		<i>Vernet, Magdalena</i>	
Los cotos cerrados	170	Los dos hacendados ó el gran remedio	234
Idealismos culpables	362	<i>Zeledón, José María</i>	
<i>Muñoz San Román, J.</i>		Cartel	1
Luisa Michel	251	Los elefantes	8
<i>Molinari, Luis</i>		Conversemos	20, 41, 50, 85, 116, 146, 163, 244, 208
¿Por qué se castiga el delito?	347	El patrón	75
<i>Melchiori, Dr. Eccheli di</i>		El guante	70
La impotencia de los dioses	340	Diálogo	215
<i>Malato, Carlos</i>		Humanidad Nueva	249
Palabras de oro	352	Solidaridad	264
<i>Núñez, Solón</i>		La Patria	280
Jesús y Tolstói	22	El nuevo credo	283
<i>Novicow, J.</i>		Hermanos	305
Razonando	260	Dos de Noviembre	337
<i>Naquet, Alfredo</i>		Hacia allá	340
El Estado siempre es reaccionario	335	La chispa	378
<i>Ossip Laurié, D.</i>		Aves y niños	370
La creencia sobrenatural y la ciencia intelectual	67, 86, 113	Epílogos	375, 287
<i>Picón, Jacinto Octavio</i>		Noche buena	381
La hoja de parra	261	<i>Zañiga Medina, M.</i>	
		La paz ó la guerra	132

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLÉS y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas
A cuatro reales tomo

APARECEN QUINCENALMENTE

LA BIBLIOTECA DOMENECH ha dado una nota brillante y sugestiva en el mundo editorial. Así lo ha reconocido la prensa hispano-americana de todos los matices, en extensos artículos de los críticos más competentes.

En efecto; la **selección de autores y traductores** fué llevada á cabo con inusitado cariño; los literatos hispano-americanos han respondido brillantemente á la iniciativa de esta Casa.

La **presentación** de las obras de esta Biblioteca ha de complacer á los más exigentes, pues hemos querido que las artes tipográficas y de encuadernación, tan florecientes hoy, rindan escogidísimo tributo á las creaciones literarias que deben difundir. La novedad de los tipos, el lujo de las encuadernaciones constituyen un verdadero progreso en la labor editorial española.

A pesar de las soberbias dotes literarias y gráficas de esta **BIBLIOTECA**, su coste, de una **excepcional economía**, permitirá una vasta difusión de sus volúmenes por todas las clases sociales de los países hispano-americanos.

AGENTE GENERAL EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES

En San José, Sociedad Librera de Costa Rica

En Alajuela, C. Calvo Fernández

En Heredia, Cordero Hermanos

BIBLIOTECA DOMENECH

ALGUNAS OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, por Eduardo Marquina

Mora Agueda Pía en la «Casa Blanca», en un paraje maravilloso de la costa levantina. Su alma, flor de simplicidad, perfuma de gracia y donosura los paisajes llenos de reminiscencias helénicas. Llega al lugar donde mora Agueda Pía un arquitecto italiano, Marco Fortis. Enamórase de Agueda Pía, y ella, enteramente domeñada por la magnífica pasión del italiano, desmaya de amores en los senderos que se entrecruzan sobre el fondo azul del Mediterráneo. Una dama veneciana, Mónica Poldo, viene en busca de Marco Fortis y se lo lleva en su yate inflamado por locas fantasías. Agueda Pía queda abandonada en su blanco lugar, herida fatalmente entre la paz augusta de las cosas... En toda la novela resplandecen el más alto idealismo mediterráneo, las más generosas ensoñaciones artísticas, junto á estas historias de amores, una límpida y suave, otra falaz y calenturienta.

Jacobé, por Joaquín Ruyra

Ruyra es uno de los más altos prestigios de la literatura catalana, hoy tan lozana y próspera. «Jacobé» es su obra esencial, según unánime opinión de los críticos. Víctima generosa de la ley de la expiación, Jacobé, sucumbe como nueva Ifigenia, cruelmente inmolada tras la más donosa y riente de las adolescencias. Ante su muerte—página grandiosa, de textura sinfónica— toda la naturaleza sobrecogida comenta con horror los misterios de lo ineludible. La fascinación del estilo es maravillosa; el instinto dramático, los primores descriptivos, el encanto inmarcesible de los coloquios, un sentido de extraña virginidad en la psicología y la expresión, aseguran á este libro un éxito formidable.

Zalacaín el aventurero, por Pio Baroja

«Zalacaín» es sin duda una de las obras maestras de Baroja. El alma indómita, profundamente española de Zalacaín, se lanza con irresistible denuedo á las más

árdidas empresas; contrabandista, romántico enamorado, héroe de la guerra civil, muévase ágilmente sobre el histórico paisaje vasco, representando el temperamento heroico, discolo y combativo de la raza. Las páginas de «Zalacaín» son épicas; un estilo rápido, vibrante, relata con igual agilidad los estupendos episodios humorísticos, el fragor de los combates y las más apasionadas escenas de amor.

Tom Sawyer, detective, por Mark-Twain

El genial humorista yankee nos ofrece en esta obra privilegiada un sagacísimo *pastiche* de las novelas de detectives «Tom Sawyer» conserva el interés constante y agudísimo de ese género literario; al propio tiempo, por sus rasgos donosísimos, por sus situaciones burlescas, arranca la risa más espontánea. El chiquillo detective, zahorí venturoso de los más complicados misterios, y su camarada filosófico y comodón, son figuras de tanta gracia y relieve, que han merecido de la crítica internacional la más entusiasta consagración.

Juventud de Príncipe, por W. Meyer Ferster

En la producción teatral «Juventud de Príncipe» extraída de la novela, Meyer Ferster expresa la sentimentalidad del alma alemana con tal sugestión y fuerza poética que ha levantado el entusiasmo de todos los públicos.

Dícese que inspiraron esta obra románticos amores del actual emperador de Alemania, que descritos en la novela adquieren mayor fuerza narrativa, imposible de adaptar á las exigencias teatrales.

El amor catadrático, por G. Martínez Sierra

Martínez Sierra, nos da á conocer con su última producción, una de las mejores que ha creado su brillante imaginación y fantasía trascendental.

Tiene esta novela además de la belleza de estilo, propia de su autor, la realidad y la fuerza de las cosas vívidas, lo cual le imprime un aspecto de interesante curiosidad.

